

R E S E Ñ A S

- El caos del conocimiento
- En busca de la política
- La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones
- Pensando sociológicamente
- El misterio de la Transfiguración
- El coraje de ser católico
- Expiación
- El escándalo cristiano
- El libro de un hombre solo
- Encuentros y seducciones
- Juego de azar
- Delirio

EL CAOS DEL CONOCIMIENTO: DEL ÁRBOL DE LAS CIENCIAS A LA MARAÑA DEL SABER

ARANA, Juan
Pamplona, Eunsa, 2004, 124 págs.

El autor de *El caos del conocimiento* es catedrático de Filosofía de la Universidad de Sevilla y miembro de la Comisión Asesora del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, de la Directiva de la Sociedad Leibniz de España y de la Escuela Contemporánea de Humanidades. Fundó las revistas *Estudios Bibliográficos de Filosofía* y *Thémata*. Entre sus publicaciones hay que mencionar más de setenta artículos científicos y capítulos de libros, la edición de media docena de volúmenes colectivos y la realización de numerosas traducciones y comentarios. Es autor de varios libros como *Ciencia y metafísica en el Kant precrítico*, *Apariencia y verdad*, *El centro del laberinto: los motivos filosóficos en la obra de Borges*, *Claves del conocimiento del mundo* (2 vols.), *Las raíces ilustradas del conflicto entre fe y razón y Materia, universo, vida*.

El caos del conocimiento está estructurado por siete capítulos en los que recoge varios textos originales escritos para ser leídos ante diferentes auditorios en torno a un asunto de perenne interés para la filosofía como es el de la pérdida de la unidad del saber y sus consecuencias en la vida contemporánea. Acorde con la primera finalidad de su trabajo, el profesor Arana no apoya sus afirmaciones en notas de pie de

página ni en referencias eruditas, pero incluye al final del libro una relación de otros trabajos suyos, más académicos, a los cuales se remite como aval de lo que sostiene, y en otro apéndice relaciona las obras utilizadas como fuentes «por si alguien quiere tomarse la molestia de cotejar o ampliar las citas», señala.

En un lenguaje sencillo, no falto de humor y de agudeza crítica, el autor aporta una reflexión serena y sugerente a la aparente contradicción entre la sociedad del conocimiento en la que vivimos y la fragmentación del saber, tan característica de nuestra época. La unidad intrínseca de la obra gira en torno a la imagen de la torre de Babel, en este caso por la dispersión del conocimiento y la confusión de los lenguajes científicos, de modo que, cuando parecía que habíamos alcanzado los confines del universo con los hallazgos del conocimiento, se produjeron no sólo la confusión sino también el desmembramiento del saber en disciplinas que se hicieron mutuamente irreconocibles y, tal vez, incapaces de colaborar unas con otras en su recuperación.

En el primer capítulo, «¿Todavía es posible la interdisciplinariedad?», pone de manifiesto la difi-

cultad del término y la complejidad de llevarlo a la práctica, ya que tropieza con intereses gremiales de los especialistas, ambiciones territoriales de los académicos, desinterés de todo lo que no sea el corto plazo de los administradores, babelización de la cultura, multiplicación de lenguajes especializados, proliferación de metodologías ultraspecíficas y el riesgo de que sus cultores se conviertan en «especializados en interdisciplinariedad», además de lo que denomina el «particulocentrismo» de quienes, defendiendo la interdisciplinariedad, sostienen que la unidad del saber debe reconstruirse alrededor de la disciplina que ellos cultivan, sobre todo si se trata de una ciencia que está de moda. Frente a todo ello, el profesor Arana piensa que asumirla como una empresa desinteresada, no utilitaria ni pragmática, abierta a todos aquellos que hayan conservado la curiosidad universal y la añoranza por la unidad del saber, es condición de posibilidad para que la interdisciplinariedad se convierta en algo valioso y merecedor de esfuerzo. Al final del capítulo propone un interesante «programa de desarme lingüístico y metodológico» de las ciencias, como parte de otro más ambicioso de «síntesis teórica», que desglosa en diez puntos.

A partir del perfil del intelectual, en el segundo capítulo, «El futuro de los intelectuales», analiza y justifica las razones por las que tradicionalmente se los ha acusado de *desarraigo*, para concluir que la única razón de verdadero desarraigo no se debe a su condición de intelectuales sino a la trasgresión de la verdad, su patria genuina (*veritas, patria mea*); al decir de Montesquieu, «todo ciudadano está obligado a morir por su patria, pero nadie está obligado a mentir por ella»; y es bien conocida la confesión de Aristóteles: «Amicus Plato, sed magis amica veritas». Son muchos quienes consideran definitivamente superada la idea de una verdad objetiva y universal e incluso piensan que no tiene sentido proponerla como principio regulativo del trabajo intelectual. Sin embargo, una vez sustituida la verdad por la apariencia no es raro que se caiga en una fórmula intermedia de supervivencia, más pequeña y más accesible, fácilmente reconciliable con su propia conciencia. Para lograrlo, quienes crearon la ciencia moderna rompieron el paradigma de la unidad del saber.

En el capítulo «La incierta sabiduría del filósofo» resalta la diferencia entre el sabio y el filósofo,

puesto que el primero tiene algo que el segundo ansía, lleva a cabo con éxito lo que el otro contempla como simple aspiración. «Ya lo dijo Sócrates con toda claridad: él no era sabio, tan sólo amaba la sabiduría. Así pues, entre el saber y el filósofo hay una *filia* de por medio, la cual no deja de implicar una distancia, distancia que, por contradictorio que resulte, se quiere y no se quiere al mismo tiempo» (pág. 38). El filósofo no es sabio: se supone que le gustaría serlo, «pero si lo consiguiera perdería la condición de filósofo, a la que ha cobrado apego entre tanto. En otras palabras, se ha instalado en la provisionalidad» (pág. 38). Tampoco se asimila al erudito, puesto que lo que le interesa no es saber muchas cosas: no es la cantidad lo que busca sino la calidad. ¿Qué es, entonces, lo que caracteriza al filósofo? Precisamente, esa continua búsqueda del saber que con suerte se le dará como premio al trabajo de toda una vida, como si se tratara de una escuela para el bien morir. Pero también puede llegar a convencerse de la imposibilidad de la empresa «al descubrir que es insensata la pretensión de averiguar nada importante» (pág. 39), sin otra alternativa que el escepticismo, en el cual el «sólo sé que nada sé» de Sócrates pasa de ser punto de partida a convertirse en un lugar de destino y residencia. «Entre el desengaño escéptico y el dogmatismo fanático, la filosofía ha solido [*sic*] buscar no tanto la sabiduría como la actitud juiciosa ante ella. Por eso se ha presentado tantas veces como *reflexión*: saber que vuelve sobre sí mismo en la duda de no poder cubrir los objetivos propuestos» (pág. 39).

En el capítulo cuarto, «La revolución científica y las revoluciones filosóficas», el profesor Arana analiza cuáles son los elementos que caracterizan una verdadera revolución para mostrar cómo, en la ciencia moderna, se ha dado una única y verdadera revolución, la de Newton, de la cual todos de una u otra manera se reconocen deudores, al mismo tiempo que Newton se sabe inmerso en la tradición científica. Por el contrario, la falta de una revolución filosófica de la que todos podamos sentirnos herederos ha impedido que la filosofía moderna haya logrado una identidad y la posibilidad de comunicación entre los filósofos. Las revoluciones filosóficas se han dado como cortes, como revoluciones en todo el sentido de la palabra, ya que carecen de un acervo de elementos comunes sobre cuya base se erija alguna noción que las abarque o una teoría que las unifique. Al decir de Arana,

una revolución que merezca la pena tiene que ser, por definición, única e irreplicable, y son más fieles a ella los que defienden sus conquistas y se convierten en conservadores cuando ha llegado a su término natural, que quienes pretenden perpetuar un espíritu de rebeldía contra todo lo que resulte, incurriendo en la paradoja de convertir la revolución misma en una tradición (pág. 50).

Tal vez la respuesta a la pregunta ¿por qué no se ha dado en la filosofía un hecho que haya determinado la unidad y el progreso que se da en la ciencia moderna? se deba contestar en este sentido: la actitud de Newton es una actitud conservadora en tanto que la de Descartes echa por tierra todo el pasado antes de construir su propio sistema, y lo mismo harán quienes lo sigan. La revolución implantada por Kant, por ejemplo, que fue una auténtica revolución filosófica, no fue la única ni la definitiva en ningún sentido sino más bien la primera de una nueva serie.

En el capítulo quinto, «¿Tiene algo que ver la ciencia con el descubrimiento de la verdad?», el profesor Arana se propone inquirir si lo que hace la ciencia cuando se aplica a realizar cálculos y teorizaciones tiene que ver con la actividad del filósofo. Cuando se quiere establecer diferencias, es frecuente que se recurra a la noción de verdad. «Sólo el filósofo –se dice– está empeñado en la búsqueda de la verdad». El científico parece que busca, en cambio, otras cosas, como eficacia, poder, reconocimiento o consenso con sus colegas. Por el contrario, el autor defiende «la idea de que la ciencia tiene tanto que ver con el descubrimiento de la verdad como la filosofía y que, cuando se ha pretendido lo contrario, ha sido malo para la verdad, para la ciencia y para la propia filosofía» (pág. 70).

La cita que hace de Popper es suficientemente significativa:

Los resultados científicos son «relativos» (si cabe usar este término) sólo en la medida en que proceden de cierta etapa del desarrollo científico susceptible de ser superada con el progreso científico. Pero esto no significa que *la verdad* sea «relativa». Si una afirmación es cierta, lo es siempre. Lo único que significa es que la mayoría de los resultados científicos tienen el carácter de hipótesis.

Y más adelante:

De Tarsky aprendí la susceptibilidad de defensa lógica y el poder de la verdad absoluta y objetiva: en esencia, una teoría aristotélica a la que, según parece, Tarsky y Gödel llegaron casi al mismo tiempo independientemente [...] Dicha teoría es el gran baluarte contra el relativismo y contra toda moda. [...] nos permite hablar de la ciencia como la búsqueda de la verdad. Es más: nos permite –y, en realidad, nos exige– distinguir netamente entre *verdad* y *certeza* (pág. 84).

El capítulo sexto se titula «Libertad e investigación científica». Después de hacer algunas consideraciones críticas a la mediatización del libre desenvolvimiento del mundo tecnológico, Arana, «como filósofo», se preocupa por reflexionar sobre las raíces del conflicto que a menudo surge entre la investigación científica y la libertad, cuestión que considera de especial complejidad, especialmente si se atiende al hecho de que la ciencia es una actividad de los seres humanos que directa o indirectamente revierte sobre ellos mismos, razón por la cual lo que más preocupa en el mundo contemporáneo es que el avance del saber pueda ir en detrimento de la libertad de sus usufructuarios.

Su propuesta se despliega en tres aspectos íntimamente relacionados: *investigar para la libertad*, *investigar en libertad* e *investigar con libertad*. Es decir que el avance de la ciencia no sea causa de esclavitud para nadie, que la investigación se adelante dentro de un ambiente favorable y que quien se inicia en la senda de la investigación sea y se reconozca libre. A pesar de que, como es el caso de Bacon y Comte, muchos promotores de la ciencia la entendieron siempre como relacionada con la libertad, no han faltado quienes, como Skinner, en nombre del saber, impugnan su misma idea, especialmente cuando la ciencia ha empezado a tocar más de cerca al hombre.

En el séptimo y último capítulo, titulado «Unidad y diversidad del saber en los umbrales del siglo XXI», el autor vuelve, de la mano de Descartes, a la imagen del árbol de las ciencias y, después de analizar en forma breve algunos de los vaivenes a los que se ha visto sometido en los últimos siglos, destacando especialmente la figura de Leibniz, lamenta la actitud contemporánea de rechazo irreflexivo a cualquier planteamiento sintético «so capa de que resultaría autoritario, opresivo, negador de diferencias y fingidor de ilusorias unanimidades» (pág. 115). El

profesor Arana manifiesta su postura frente a esa especie de «anarquistas», pero también frente a sus opositores, por creer que «una cuestión tan intrincada como ésta se puede resolver con un ‘sí’ o un ‘no’ tajante» (pág. 115).

Hubo un tiempo –añade– en que podíamos dejar para las grandes cabezas estas sublimes inmersiones en las raíces más hondas del ser, porque el sentido común y los valores compartidos estaban impregnados de la sabiduría de los gigantes del pensamiento. Ahora sabemos más cosas, pero las verdades que constituyen el patrimonio de todos son cada vez más triviales e inconexas (pág. 116).

Y, en su opinión, la conclusión es bastante desoladora: se toman decisiones sobre la base no de genuino conocimiento sino de simpatías, relaciones

de poder, formalismos y opiniones improvisadas. Cada día es más raro que se llegue a discutir a fondo las cuestiones debatidas, y las ya lamentables consecuencias de esta actitud serán absolutamente inaceptables en el futuro.

Por todo lo anterior, el profesor Arana termina por «romper una lanza por el reforzamiento de la vocación interdisciplinar de todos los que nos dedicamos a una parcela del conocimiento, grande o pequeña, profunda o somera» (pág. 117), pues si no se consigue la unidad en el saber, tampoco habrá, a la corta o a la larga, diversidad, «porque ni siquiera habrá saber digno de tal nombre» (pág. 118). ■

INÉS CALDERÓN JIMÉNEZ

EN BUSCA DE LA POLÍTICA

BAUMAN, Zygmunt

2ª. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 218 págs.
(Título Original: *In Search of Politics*. Traducción de Mirta Rosenberg.)

La obra del sociólogo polaco Zygmunt Bauman, profesor emérito de las universidades de Leeds y de Varsovia, ha sido caracterizada como uno de los grandes trabajos intelectuales de nuestro tiempo. En su libro *En busca de la política*, publicado por primera vez en inglés en 1999, se dedica al análisis de las transformaciones de la política en las sociedades contemporáneas. Esto en el marco de una dinámica que ha caracterizado su obra en los últimos años: la creciente preocupación por el estudio de las nuevas realidades sociales con base en las preocupaciones que han estructurado su obra, siendo la principal de ellas la tensión entre modernidad y posmodernidad.

Los puntos básicos de la caracterización que hace Bauman de las sociedades contemporáneas (posmodernas o de «modernidad líquida», como también las denomina) son precisamente los ejes desde los cuales se construye el argumento de esta obra: el capitalismo global y el individuo aislado. La estructura argumentativa se basa precisamente en el estudio de las relaciones entre la forma que ha adquirido el mundo contemporáneo y la manera en que las personas viven sus vidas cotidianamente: el capitalismo, que abarca casi todo el globo, que está en movimiento constante y que parece no tener fronteras, y los individuos, que viven vidas aparentemente más libres pero en realidad más aisladas, más llenas de

temores y aprehensiones; en síntesis, vividas en medio de una constante sensación de incertidumbre. Con base en esto se hace evidente el eje en torno al cual gira este texto: la constatación de la incompatibilidad entre dos creencias omnipresentes en nuestro tiempo. Por un lado, la creencia de los individuos de que son más libres que nunca y, por otro, la de que no pueden cambiar la manera en que funcionan los asuntos del mundo.

En este sentido, para Bauman aquello que permite explicar lo anterior y, a la vez, constituye la principal tendencia de esta época es la *separación entre el poder y la política*, rasgo por excelencia del capitalismo global. De esta manera puede situarse la tesis central de *En busca de la política*: mientras el capital, fuente del verdadero poder —«el que es capaz de determinar el alcance de las elecciones prácticas» (pág. 83)— fluye de manera libre y es extraterritorial o transnacional, la política sigue siendo irremediamente local —su marco es siempre el espacio físico y geográfico— y, por lo tanto, resulta incapaz de ejercer acciones reguladoras significativas.

Unsicherheit es el término alemán al que Bauman dedica la mayor parte del libro y es el punto de partida para comprender las transformaciones que ha sufrido la política. Para traducirlo son necesarias tres palabras en español: «incertidumbre», «inseguridad» y «desprotección». Así, hay una nueva conciencia, por parte de los individuos, de que se enfrentan a una vida sobresaturada de aprehensiones y de que la única posibilidad parece ser vivir en la incertidumbre, donde todo aparece como errante, tentativo, sin centro, y donde las señales siempre resultan fugaces y frágiles. Frente a esto es poco lo que pueden hacer, pero tampoco hay una agencia que pueda canalizar las demandas de mayor seguridad, certidumbre o protección. En estas condiciones, la política institucionalizada aparece como algo cada vez más insignificante si se entiende, como lo hace este sociólogo, a partir de su capacidad de agencia y control sobre la incertidumbre.

La estructura misma de la obra apunta de manera muy clara a los ejes desde los que el autor analiza el problema. Así, estar «en busca de la política» es estar en busca de «Espacio público», «Agencia» y «Visión», como se titulan los tres capítulos que com-

ponen este trabajo. Y esto es algo que en las sociedades contemporáneas no parece posible. El tema del primer capítulo —dice el mismo autor— es el sentido cambiante de la política; en el segundo se abordan los problemas de los agentes de acción política existentes y las razones de su efectividad declinante, las cuales, de nuevo, se depositan en la incertidumbre que introducen las nuevas formas de poder desterritorializadas, y en el tercero se propone «el enfoque que podría guiar una muy necesaria reforma» (pág. 15).

Una característica que hace de la lectura de este trabajo algo muy interesante para los estudiosos de las ciencias sociales, pero también de fácil acceso para el público en general, es la manera como Bauman apela constantemente a imágenes, metáforas y analogías para explicar sus tesis. Un buen ejemplo de esto es la forma en que el autor alude a la sensación de incertidumbre y desprotección de los individuos, esto es a la sensación de que nadie está en control, apelando a una imagen como ésta: «La actual inseguridad es similar a la sensación que experimentan los pasajeros de un avión cuando descubren que la cabina del piloto está vacía, que la amigable voz del capitán es solamente la grabación de un mensaje viejo» (pág. 28). Al lado de esto cabe destacar la atención que presta el autor a las prácticas sociales concretas, las cuales van desde la descripción de prácticas de los gobiernos hasta las relaciones de las personas con sus propios cuerpos. Pero, de nuevo, lo más interesante está en la manera como el autor articula sus planos de análisis.

En la última parte del libro, Bauman hace tres propuestas con el fin de pensar una reconstrucción de la política para ponerla de nuevo «a la altura del poder» en nuestra época: el modelo republicano del Estado y de la ciudadanía, el establecimiento universal de un ingreso básico y la «ampliación de las instituciones de una sociedad autónoma para devolverles capacidad de acción e igualarlas con poderes que, en la actualidad, son extraterritoriales o transnacionales» (pág. 16). En este plano, el mismo autor reconoce que su objetivo es ser contencioso y, en particular, que estos puntos tienen el objetivo más de «provocar y fomentar la reflexión que de ofrecer soluciones» (pág. 16). No obstante, en este capítulo final la fuerza analítica que caracteriza la argumen-

tación anterior parece desdibujarse. Éste es un trabajo claramente más sólido en el terreno de la caracterización y el análisis de las condiciones de la vida contemporáneas que en el planteamiento de salidas, las cuales la misma argumentación llevaría a descartar como imposibles.

En busca de la política no es sólo una crítica a ciertas transformaciones sociales y políticas que ha traído consigo el proceso de la globalización: es también un replanteamiento del problema central al que se ha dedicado Bauman durante gran parte de su vida intelectual: la crítica de la modernidad y la

posmodernidad. Lo que se encuentra en esta obra es una visión sociológica excepcional en función de pensar nuestras condiciones de vida actuales, una visión que va de lo macro a lo micro, de lo global a lo local, y, sobre todo, que plantea formas sugestivas de entender las relaciones entre las condiciones existenciales humanas y los cambios más amplios de la economía y la política. Si bien por momentos el diagnóstico parece demasiado catastrófico, resulta muy convincente a la hora de construir una mirada frente a los complejos problemas actuales. ■

PAOLA CASTAÑO

LA AMBIVALENCIA DE LA MODERNIDAD Y OTRAS CONVERSACIONES

BAUMAN, Zygmunt y TESTER, Keith
1ª. ed., Madrid, Paidós, 2002, 219 págs.

(Título original: *Conversations with Zygmunt Bauman*. Traducción de Albert Roca Álvarez.)

La obra del sociólogo polaco Zygmunt Bauman se caracteriza por la amplitud y la diversidad de los campos que abarca: se desplaza de la clase a la cultura a través de la utopía, los intelectuales, el Holocausto y lo posmoderno, la globalización, la sociedad de consumo, la política y la moralidad, hasta el fenómeno reciente de los *reality shows*, las contiendas electorales y las consecuencias del 11 de septiembre de 2001. Sin embargo, hasta hace poco tiempo, y a pesar de su riqueza e importancia, no había sido objeto de análisis directo por parte de su disciplina. Quienes iniciaron este trabajo fueron Dennis Smith¹ y Peter Beilharz². Además de su libro

monográfico sobre Bauman, Beilharz publicó un *reader* sobre este autor y recientemente editó un conjunto de cuatro volúmenes de la serie Maestros del Pensamiento Social Moderno dedicada a Bauman³. Vale la pena señalar también que la revista *Theory, Culture and Society* le dedicó en 1998 un número especial⁴. En resumen, lo que se encuentra es una atención creciente al pensamiento de este autor, la cual ha tenido lugar de forma privilegiada lengua inglé-

1 Dennis SMITH, *Zygmunt Bauman. Prophet of Postmodernity*, Cambridge Polity Press, 1999.

2 Peter BEILHARZ, *Zygmunt Bauman: Dialectic of Modernity*, London, Thousand Oaks, Sage, 2000.

3 Peter BEILHARZ (ed.), *The Bauman Reader*, Malden, Blackwell, 2000, y *Zygmunt Bauman*, London, Sage (Masters of Modern Social Thought), 2002.

4 *Theory, Culture and Society*, Vol. 15, No. 1, February 1998.

sa, con una casi inexistente bibliografía secundaria en español. De hecho, se trata de un autor altamente desconocido en nuestro medio.

En este panorama se destacan el trabajo de Keith Tester y la traducción al español de estas conversaciones, que en inglés simplemente se titulan *Conversations with Zygmunt Bauman* y que en su traducción recibieron el título de *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, enfatizando la centralidad de la tercera de ellas para comprender en conjunto el pensamiento de este autor.

Tester es doctor en Sociología de la Universidad de Leeds, donde fue alumno de Bauman, y actualmente es profesor de Teoría Social en la Universidad de Portsmouth. Es ampliamente conocido como uno de los principales comentaristas de la obra de Bauman, y ésta sigue constituyendo la materia principal de su trabajo actualmente. La idea de aproximarse a un autor a través del diálogo directo con él le imprime una particularidad a este trabajo: las conversaciones constituyen, sin duda, una posibilidad extraordinaria de conocer su pensamiento; y, en el caso de este libro, además de la palabra directa de Bauman a través de cinco muy interesantes conversaciones, el lector podrá contar con una introducción de Tester al autor y, en la parte final, con una completa bibliografía de su producción entre 1969 y 2001. De igual manera, el equilibrio entre la profundidad de las preguntas y la espontaneidad de la conversación revela que el entrevistador es un experto en su obra y conoce las transformaciones que ésta ha sufrido a lo largo de los años.

Estas conversaciones se realizaron con tres propósitos centrales que se enuncian con claridad: primero, que Bauman pudiera perfilar las corrientes de las cuales se alimentan su pensamiento y su obra; segundo, que tuviera un espacio para «explorar sus ideas de manera relativamente relajada, sintetizando así algunas de las claves de la obra que lleva su nombre» (pág. 11), y, tercero, que adelantara una reflexión sobre los significados que han ido adquiriendo sus libros. La introducción de Tester es sencilla y contundente y logra hacer una caracterización puntual del pensamiento de Bauman a partir de tres preguntas: ¿quién es?, ¿qué hace? y ¿por qué lo hace? Estas preguntas que, en principio parecen básicas,

también pueden constituirse en una clave general para la lectura de las cinco conversaciones, puesto que Bauman constantemente está reflexionando simultáneamente en estos tres niveles. De ahí el interés de este libro, que no es simplemente una exposición de los contenidos de una teoría sociológica sino una reflexión cuidadosa de este sociólogo sobre su propio trabajo, sus razones de ser y su sentido.

Tester hace un breve recorrido por la vida de Bauman, desde su nacimiento en el seno de un hogar judío en Polonia, su paso por el ejército polaco, los inicios de su carrera académica en la Universidad de Varsovia, hasta su exilio en Inglaterra. Y si bien reconoce que su obra no puede explicarse solamente a partir de su biografía, admite que tampoco es posible prescindir de ella para entenderla. Así mismo, «por admisión y temperamento», dice Tester, lo que hace Bauman es sociología. Es un sociólogo y se identifica a sí mismo como tal, cree que la sociología es «más capaz que cualquier otra disciplina académica de capturar y abarcar la completitud de la experiencia humana» (pág. 20). Pero no es sociólogo en un sentido disciplinar ni canónico. Esto quiere decir, por un lado, que para él las fronteras disciplinarias deben tratarse con suspicacia e incluso ignorarse en la búsqueda de un conocimiento más abarcador y relevante del mundo social; y, por otro, que no es un autor demasiado preocupado por el canon de la sociología, como él mismo lo confiesa. Su obra adopta los elementos que considera pertinentes de distintos autores provenientes de diversas tradiciones teóricas, más que ceñirse a un único sistema de pensamiento.

Estos temas se abordan con detalle en la primera conversación, titulada «Contexto y horizontes sociológicos», en la cual se ofrece un panorama de su historia intelectual desde los inicios de su carrera en la Polonia de los años cuarenta, pasando por el London School of Economics, hasta la Universidad de Leeds, de la cual es profesor emérito. En la segunda conversación, «Ética y valores humanos», se considera el tema de la ética y la moralidad en su obra. Como sociólogo, si bien no parte de la existencia de una «naturaleza humana», sí señala que por naturaleza los humanos son morales. Y ser moral «no significa necesariamente ser bueno, pero sí significa

saber que las cosas y las acciones pueden ser buenas o malvadas» (pág. 66). En este sentido, el problema de la moralidad se remite a las elecciones. Por su parte, lo que pretende hacer la ética, en cuanto invención moderna, es suprimir el «tormento de la decisión» y reemplazarlo por una regla, por un código que debe cumplirse.

A partir de aquí y a través de las preguntas de Tester se van delineando sus planteamientos centrales alrededor de la modernidad y el orden. Para Bauman, la modernidad puede definirse en términos de una constante lucha contra la contingencia y la ambivalencia, y de su preocupación central: la idea de *orden*, que opera como el arquetipo de sus demás propósitos⁵. Sin embargo, al partir de la premisa —que toma de Georg Simmel— de que la sociedad no es un todo ordenado ni equilibrado automáticamente, de que la ambivalencia y el conflicto están en el núcleo de la vida social, el orden no es algo que pueda darse por sentado como hecho ni necesariamente como deseable, razón por la cual debe convertirse en objeto de un cuidadoso análisis. En este marco se articulan sus preguntas sobre la modernidad, sobre los mecanismos que buscó poner al servicio de la búsqueda del orden, los costos humanos de realizarlo y los procesos sociales que están socavando las bases que la habían sostenido en el pasado.

En la tercera conversación, «La ambivalencia de la modernidad», además de plantear los términos de su caracterización de la modernidad se introduce el tema de la posmodernidad. Aquí se señala que la perspectiva posmoderna supone la retirada de las ambiciones por un «diseño de orden total» y el colapso de la capacidad institucional para cristalizarlas (pág. 105). No obstante, para Bauman es más apropiado referirse a la posmodernidad como la modernidad en su «fase líquida». Esto por dos razones, básicamente. En primer lugar, porque el hecho mismo de hablar sobre la posmodernidad «se ha entendido como un signo de la adscripción al bando ‘posmodernista’» (pág. 134), y éste claramente no es su caso, ya que su perspectiva es claramente crítica. Y en segundo lugar, porque el término habla de una fase posterior, o incluso del fin de la modernidad,

pero no dice nada específico sobre el carácter de dicha fase. La idea de lo «líquido» se refiere a lo fluido, a lo no sólido, lo no fijo. Ésta es la modernidad de lo transitorio, de la institucionalización de la incertidumbre, de las formas flexibles de trabajo y organización y de la política y la economía desterritorializadas. Así, es la «modernidad líquida» la que revela que los ideales modernos de orden no sólo son imposibles sino indeseables. Pero tampoco ofrece una respuesta demasiado alentadora y genera mayores incertidumbres: no hay instancias ordenadoras, marcos normativos, y en últimas la libertad se convierte en una carga para los individuos. Éstos son problemas a los que se da continuidad en las siguientes dos conversaciones.

En la cuarta conversación, titulada «Individualismo y sociedad de consumo», se aborda un núcleo básico de la teoría sociológica, la relación entre individuo y sociedad, pero según la óptica de las sociedades contemporáneas. Bauman problematiza la manera de pensar al «individuo» haciendo abstracción de las relaciones sociales e insiste en que es la sociedad lo que convierte en individuos a los seres humanos. Por tal motivo es preciso interrogarse por las formas de individualización según los tipos particulares de sociedad. En el caso de las sociedades de consumo, dice, debemos sospechar de la celebración del individualismo y la libertad individual, que lleva a los individuos a lidiar con los asuntos de la vida por sí mismos en espacios cada vez más indiferentes ante las nuevas formas de desigualdad e injusticia en un mundo globalizado. Bauman recoge estas preocupaciones apelando a una expresión de Ulrich Beck, quien señala cómo se nos exige constantemente que busquemos «soluciones biográficas para contradicciones sistémicas» (pág. 150).

Éste es el tema que se retoma en la quinta conversación, titulada «Política», donde se plantea que la política nunca ha estado tan mal como ahora. Esto en dos sentidos principalmente: porque el ascenso del consumidor ha marcado la caída del ciudadano y porque el Estado ya no está para la tarea de la totalización. La conversación se extiende sobre este último aspecto y en ella se subraya que el problema de este siglo ya no es el de la coerción totalitaria sino el de la falta de totalidades. El Estado ya no puede ejercer su responsabilidad de promo-

⁵ Zygmunt BAUMAN, *Modernity and Ambivalence*, Cambridge, Polity Press, 1991.

ver la justicia social y aparece como una institución «dolorosamente inadecuada para enfrentarse a la producción de injusticia en el espacio global» (pág. 188).

A partir de una mirada en conjunto a estas cinco conversaciones es posible concluir que la obra de Bauman involucra problemas de niveles analíticos y temáticos muy distintos, lo cual la hace de un enorme interés. Al leer estas conversaciones, el lector tendrá un panorama de su pensamiento, pero no tanto desde la sistematicidad de la exposición de sus contenidos como desde sus puntos más sobresalientes y desde las reflexiones del autor. En esta medida puede decirse que un rasgo singular de este libro es que se constituye en una interesante introducción para quienes no conocen a Bauman que los va a dejar con la inquietud de conocer más de este autor y de acercarse a alguno de sus textos, pero, al mismo tiempo, puede ser bien apreciado por quienes están familiarizados con su obra, ya que la pone en una perspectiva distinta a la de la argumentación en un libro y la sitúa en otros términos, sobre todo cuando desarrolla algo que circula en sus textos pero que nunca había sido abordado en detalle y de manera explícita por él: el sentido moral de su trabajo. Con esto se alude principalmente a que nunca olvida que el pensamiento social debe hablarles a los seres humanos

concretos de las relaciones y situaciones que experimentan y mostrarles que el mundo puede ser diferente de lo que es actualmente.

Para finalizar, vale la pena hacer referencia a la penúltima pregunta que formula Tester, ya que apunta al aspecto del pensamiento de Bauman que se enfatiza en estas conversaciones y en ella puede sintetizarse el aspecto en el que este libro es más sólido: en presentarnos a un autor que no sólo tiene una obra amplia y de extraordinaria riqueza sino que además la ha construido a partir de la preocupación constante por su sentido para la vida social. El cuestionamiento se centra en que, si bien Bauman nunca ha perdido su fe en la pretensión de que la sociología podía cambiar el mundo, sí ha cambiado de opinión sobre la forma en que esto podría llevarse a cabo. Así, a la objeción de algunos de que hoy en día la sociología no puede cambiar nada *excepto* la concepción que hombres y mujeres tienen de sí mismos la respuesta de Bauman es contundente: «¿Qué se supone que quiere decir *excepto*? ¿Acaso el cambiar la concepción [...] de sí mismos, no constituye una tarea titánica? ¿Si al menos pudiéramos confiar en estar a la altura de semejante empeño...!» (pág. 209). ■

PAOLA CASTAÑO

PENSANDO SOCIOLÓGICAMENTE

BAUMAN, Zygmunt

1ª. ed., Buenos Aires, Nueva Visión, 1994, 239 págs.

(Título original: *Thinking Sociologically*)

La obra *Pensando sociológicamente* de Zygmunt Bauman, publicada originalmente en inglés en 1990 y traducida al español en 1994, ofrece una inte-

resante reflexión sobre una serie de problemas fundamentales de la sociología que el mismo autor considera una introducción a la disciplina para sus

estudiosos y, sobre todo, para el público en general. Tal es, sin duda, la particularidad que tiene esta obra: adelantar un análisis del arsenal conceptual básico de esta disciplina, pero hacerlo en términos de una reflexión sobre la vida cotidiana. Si el espíritu que subyace a este trabajo pudiera recogerse en una única expresión, ésta sería una de las que elige Bauman en su prefacio: «Todo aquello de lo que la sociología habla ha estado ya en nuestras vidas» (pág. 15).

Así, el autor toma como punto de partida una idea básica y a partir de ella deriva el sentido que tiene para él la sociología y, por esa vía, el propósito de su trabajo: las cosas familiares y nuestro conocimiento del sentido común nos parecen auto-explicativos; en otras palabras, no parecen despertar curiosidad o presentar problemas: vivimos tranquilamente con ellos. Desde aquí plantea el principio que va a alimentar sus reflexiones en esta obra: lo que posibilita la sociología, o «pensar sociológicamente», es precisamente «desfamiliarizar» lo familiar, cuestionar lo que se da por sentado, visibilizar lo que está oculto en la vida social. Y esto no es algo que les esté reservado sólo a los sociólogos sino que debe ser apropiado por todos. De ahí el lenguaje sencillo en que está escrita la obra y, sobre todo, el arsenal de situaciones cotidianas de las que se nutren sus reflexiones, con las cuales todos los lectores pueden identificarse a partir de los distintos roles que desempeñan en la vida social: en sus relaciones amorosas y familiares, como clientes de un banco, miembros de un partido político o de una comunidad religiosa, ciudadanos de un Estado-nación, trabajadores o propietarios de bienes, por citar algunos de los ejemplos que emplea el autor.

El objetivo de esta obra, según el mismo Bauman, es entonces «ayudar a las personas comunes, como usted y yo, a ver a través de las propias experiencias; y mostrar que los aspectos de la vida aparentemente familiares pueden ser interpretados de una nueva manera y vistos bajo una luz diferente» (pág. 24). Así, la lógica de los capítulos se sustenta en los dilemas y decisiones que las personas se confrontan todos los días «sin tener demasiado tiempo ni oportunidad de pensar en ellos con profundidad» (pág. 24). No obstante, aunque se plantea que éste es el propósito del trabajo, se aclara que con él no pretende «corregir» el conocimiento del lector sino

ampliarlo, promover el análisis y el examen de lo que parece natural, certero e inmóvil. Sobre este punto también vale la pena destacar que, si bien el texto recurre constantemente a la palabra de autores clásicos de la disciplina como Weber, Durkheim, Marx, Freud, Simmel, Mead, Elias y Parsons, recoge sus planteamientos en términos simples y lo hace en función de los problemas que aborda. Al final de la obra, en un capítulo titulado «Dónde encontrar más lecturas: algunas sugerencias», se encuentra un breve ensayo bibliográfico donde se recomiendan y se sitúan obras fundamentales en sociología, el cual sin duda resulta de gran utilidad como introducción a la disciplina.

Además de la introducción y de este ensayo bibliográfico, la obra está compuesta de doce capítulos que constituyen su cuerpo central. Los problemas que se abordan en ellos, y que se definen en su mayoría en parejas, son los siguientes: «Libertad y dependencia», «Nosotros y ellos», «Los extranjeros», «Juntos y separados», «Intercambio y obsequios», «Poder y elección», «Autopreservación y deber moral», «Naturaleza y cultura», «Estado y nación» y «Orden y caos». Los dos últimos se titulan «Atender los asuntos de la vida» y «Los recursos de la sociología». La lista de temas es bastante nutrida, y resultaría difícil hacer una reseña exhaustiva de cada uno. Sin embargo, es posible recoger los problemas que trabaja Bauman en tres grupos a partir de los problemas más recurrentes que trabaja: el primer grupo está referido a las tensiones entre libertad y determinación; el segundo, al problema al que el autor dedicará gran parte de su obra después de mediados de los noventa: el problema del orden –y del orden en el contexto de la modernidad–, y el tercer gran tema que trabaja esta obra concierne a las formas de agrupación de los seres humanos.

En todas las parejas conceptuales, lo que está en el centro de las preocupaciones de Bauman es la relación entre libertad y determinación, entre nuestra capacidad transformadora sobre la vida social y la sensación de que las estructuras, las agrupaciones y los marcos normativos en que vivimos son inmóviles e intransformables. Y es que, como lo dice él mismo, cuando «pensamos sociológicamente» «intentamos explicar la condición humana a través del análisis de las múltiples redes de la interdependen-

cia humana: esa dura realidad que explica tanto nuestras motivaciones como los efectos de su realización» (pág. 20).

Sin embargo, es en el primer capítulo, así como en el sexto, séptimo y octavo («Libertad y dependencia», «Poder y elección», «Autopreservación y deber moral» y «Naturaleza y cultura»), donde se desarrolla detenidamente, y desde distintos ángulos, una reflexión sobre esta tensión que experimentan los individuos frente a su condición de libres (entendida aquí la libertad como capacidad de decidir y elegir) y sobre las limitaciones de esta libertad en términos del lugar social que se ocupa, los recursos que se tienen y los criterios normativos, entre otros factores. Los planteamientos de Bauman en estos capítulos son muy sugestivos y lo que está en juego en ellos es la interminable tensión entre nuestros deseos y nuestras posibilidades, y entre el egoísmo (entendido muchas veces como un asunto de autopreservación) y el deber moral, ambos igualmente naturales pero muchas veces poco reconciliables. Bauman no ofrece respuestas, ni pretende hacerlo, pero sí ubica las preguntas y lo hace en unos términos en los que sus lectores podrán reconocerse fácilmente a sí mismos.

La tensión entre naturaleza y cultura también es ubicada por el autor en un marco similar al de los capítulos ya descritos: las limitaciones ante las cuales no es posible hacer mucho (naturaleza) y la capacidad de cambiar el estado de las cosas (cultura). Sin embargo, aquí introduce una problemática que tendrá su continuidad en los dos capítulos siguientes («Estado y nación» y «Orden y caos»): el problema del orden en la modernidad. El punto de partida de este análisis está dado por el término mismo *cultura*, el cual se asocia con cultivo y hace pensar en las labores de un agricultor o de un jardinero. Bauman propone aquí una analogía –de enorme poder explicativo– entre la cultura, las pretensiones ordenadoras de la modernidad y las prácticas de jardinería. En primer lugar se señala que los jardineros tratan a la sociedad como una parcela de tierra que se debe diseñar y sembrar, y que luego hay que cultivar y mantener de forma prevista podando constantemente las malezas que irrumpen en la armonía imaginada. Su misión es, entonces, imponerle a cierta sección de la realidad una forma que de otro modo no tendría y

que no aparecería sin el esfuerzo de producirla. Eso es la cultura para Bauman. La cultura, según él, consiste precisamente en esto: en hacer que las cosas sean diferentes de lo que serían (pág. 145) y en mantenerlas en una forma artificial, construida, pero su mayor éxito es hacer pasar todo esto como algo «natural». Es precisamente así como lo experimentan los individuos en su vida cotidiana, y es esto lo que «pensar sociológicamente» permite analizar y reevaluar.

Es aquí donde el autor plantea el asunto de la modernidad y la define a partir de su preocupación central: la idea de *orden*. El orden –entendido como predecibilidad, monotonía, regularidad, estabilidad y repetitividad– aparece como una preocupación, como algo siempre por hacer, con el temor constante de que, a menos que se haga algo, va a imperar el caos. Y es el Estado lo que encarna este ideal al autoconferirse el carácter de dique que protege al orden del caos y, consecuentemente, de fuente, guardián y única garantía de la vida ordenada. En este acercamiento que hace el autor a la relación entre el Estado y sus súbditos, es interesante ver cómo reaparece la preocupación que recorre toda esta obra: la tensión entre libertad y determinación a partir de la experiencia vivida. Así, dice, el hecho de que ser un súbdito del Estado sea una combinación de derechos y deberes «nos hace sentir protegidos y oprimidos al mismo tiempo» (pág. 163)

Finalmente, el tercer conjunto de problemas –que se abordan desde el capítulo segundo hasta el cuarto– es el referido a las agrupaciones humanas: «Nosotros y ellos», «Los extranjeros», «Juntos y separados». Bauman parte, de nuevo, de premisas compartidas por los sociólogos y las lleva a términos muy sencillos: la manera en que sentimos nuestra pertenencia a un «nosotros» porque pensamos en otro grupo como «ellos». El lugar que ocupan los dos grupos sólo puede entenderse a partir de su diferenciación mutua, de la línea divisoria que los separa, la cual debe ser vigilada constantemente. Aquí aparece el problema de los «extranjeros»: lo que hace de determinadas personas «extranjeros» es su tendencia a ensombrecer y eclipsar las líneas fronterizas que separan a los «nosotros» de los «ellos». Son entonces los que niegan la validez de las oposiciones aceptadas y desmienten el carácter «natural» de

las oposiciones, denuncian su arbitrariedad, exponen su fragilidad. Estos planteamientos conducen a Bauman a una reflexión sobre el concepto de «comunidad», el cual, en su versión convencional, corresponde a un grupo en el que los factores que unen a las personas son más fuertes y más importantes que cualquier cosa que pueda dividirlos. De este modo, en la vida cotidiana suponemos que la pertenencia a la comunidad se da por sí, como otros «hechos de la naturaleza», y no debe ser laboriosamente construida, mantenida y cuidada (pág. 74). Sin embargo, Bauman insiste en que en la mayoría de los casos la comunidad es un *postulado*, una expresión de deseos, un llamado a cerrar filas, y no una realidad que pueda darse por sentada tan fácilmente. Éste es un acercamiento novedoso a un problema que es clásico para la sociología, sobre todo por el nivel de análisis elegido por el autor para estudiarlo.

Pensando sociológicamente es una obra con un alcance muy particular: conferir un sentido a la sociología no sólo en el ámbito del conocimiento sino también en el de la vida social misma, un lugar en la existencia de los individuos concretos, en sus situaciones cotidianas. Por la manera como está estructurada, por el lenguaje directo y claro en que está escrita y por la apuesta del autor a un público amplio, se trata de una obra de enorme atractivo cuyos capítulos pueden leerse de forma individualizada en busca de las reflexiones, muy sugestivas, de uno de los más importantes sociólogos contemporáneos. Así, la sociología no es para Bauman un saber instrumental que ofrece pautas racionales para actuar ni una capacidad de previsión exacta sino un *comentario*, un comentario a la «experiencia humana vivida», que debe ser constante, que permite repensarla y, de esta manera, hacer flexible un mundo que muchas veces nos parece opresivo por su aparente rigidez, cuando «podría ser diferente de lo que es» (pág. 22). ■

PAOLA CASTAÑO

EL MISTERIO DE LA TRANSFIGURACIÓN

CANTALAMESSA, Raniero

Burgos, Editorial Monte Carmelo, 2003, 183 págs.

(Título original: *Il mistero della Transfigurazione*. Traducción de Lourdes Vásquez.)

Esta obra contiene siete meditaciones que el autor predicó en la Casa Pontificia como preparación al jubileo del año 2000. En la primera predicación, llamada «Testigos oculares de su grandeza», ofrece un marco introductorio, centrado en las Escrituras, que invita a la contemplación de este misterio de la vida de Cristo, acontecimiento histórico que transforma o transfigura –en palabras de san Pablo– a quien lo contempla (cfr. 2 Co 3, 18).

A partir de la segunda meditación se ofrecen varias «subidas» al monte Tabor con distintos com-

pañeros de viaje: en el capítulo II se contempla la reacción de los tres apóstoles elegidos por Jesús para acompañarlo. La contemplación del pasaje muestra la importancia de la oración: «Jesús subió al monte 'a rezar' y se transfiguró mientras oraba. La Transfiguración es un efecto directo de la oración de Jesús» (pág. 32).

También aparece una hermosa reflexión sobre la belleza al hilo de las palabras de san Pedro: «Maestro, ¡es bello para nosotros estar aquí!». Es la ocasión de recordar las palabras de Dostoievski en

El idiota: «En el mundo existe un solo ser absolutamente bello, Cristo, pero la aparición de este ser infinitamente bello es, ciertamente, un milagro infinito» (pág. 41). Sin embargo, la contemplación de esa belleza no puede quedar restringida a especiales momentos de éxtasis o a personas escogidas para encontrarla fuera del mundo: «Se puede y se debe ser *contemplativo de la acción*. Si no es posible estar siempre en el Tabor, sí es posible... llevarlo con nosotros» (pág. 44).

Este segundo capítulo concluye formulando la clave de la lectura del resto de la obra, pues al citar el final del pasaje evangélico que dice: «No vieron más que a Jesús solo», el autor descubre que «todo un programa de vida está encerrado en esta expresión [...]. Jesús es el único lugar en que el Dios-Trinidad se manifiesta plenamente y operante a los hombres» (págs. 52-53).

Los siguientes dos capítulos presentan la cristología de san Pablo y de san Juan. En la primera se descubre el papel central de Jesucristo que propone el Apóstol de las Gentes: Cristo es «la espina dorsal de la historia» (pág. 60). Pero «no solo toda la *historia*, sino también toda la *realidad* pertenece a Cristo y está sometida a Él» (pág. 66). Una consecuencia ascética es que la relación con Cristo es vital y debe actualizarse: «Olvido lo pasado y me lanzo hacia el futuro» (Flp 3, 5-14). El autor demuestra que «con Pablo se delinea una de las dos vías maestras para acercarse al misterio de Cristo [...]: parte de la *humanidad* para alcanzar la divinidad de Cristo [...], parte desde la *dualidad* de Cristo (carne y espíritu) para llegar a la *unidad* del sujeto 'Jesucristo Señor nuestro', y tiene su centro en el *misterio pascual*» (pág. 70).

La otra vía maestra es la de san Juan. En este caso «parte de la *divinidad*, para llegar a la *humanidad* [...], parte de la *unidad* y llega a la *dualidad* de elementos: *logos* y carne, divinidad y humanidad [...]; la gran vertiente, el eje sobre el que gira todo en esta vía, es la *encarnación*, no la *resurrección* o el misterio pascual» (pág. 83).

Los dos capítulos sucesivos muestran cómo se encarnan esas dos vías escriturísticas en sendas escuelas cristológicas: en primer lugar, la escuela alejandrina, que retoma y utiliza el modelo de Juan, especialmente con Atanasio, quien centra su exposición en la unidad de Cristo, y con Cirilo, quien introduce la categoría definitiva para explicar la unión de la divinidad con la humanidad en Cristo: la *unión hipostática*. Esta visión dogmática tiene repercusiones espirituales: el Espíritu Santo está en el centro de esta visión de Cristo, vivificando a los fieles (págs. 110-115), y la Eucaristía es corolario de la Encarnación: como semilla de inmortalidad, con poder curativo y unitivo a Cristo, que asimila a los fieles con Él.

Por otro lado, la escuela antioquina vuelve al Cristo de los Evangelios de la mano de la teología paulina, que pone el énfasis en la Resurrección como fundamento de la fe y comienzo de una «nueva era», «en la que el pecado no sólo es perdonado, sino abolido» (pág. 143). En esta visión, la Encarnación no es sólo presencia de Cristo sino también memorial de su muerte y de su Resurrección (págs. 145-148).

Por último, el autor propone «una imagen de Cristo para el hombre del Tercer Milenio». Una imagen que, como es de suponer, ha de abrazar las dos tradiciones expuestas: «respirar con los dos pulmones» –Oriente y Occidente–, como ha subrayado Juan Pablo II.

En resumen, se trata de una obra que conviene meditar. Demuestra que la cristología es el tema clave de la teología y de la vida espiritual y ofrece claves para emprender con caridad renovada aspectos como el apostolado, el diálogo ecuménico e interreligioso, la virtud de la obediencia –a ejemplo de Cristo– o el amor a la Eucaristía –sacrificio y presencia–, siempre apoyando la contemplación en la Escritura y en la interpretación hecha por los Padres de la Iglesia. ■

EUCLIDES ESLAVA GÓMEZ

EL CORAJE DE SER CATÓLICO

WEIGEL, George

Barcelona, Planeta, 2003, 226 págs.

(Título original: *The Courage to Be Catholic*. Traducción de Claudia Casanova.)

El autor, ampliamente conocido por haber publicado en 1999 la biografía oficial del Papa, *Testigo de la esperanza*, aborda en este libro la crisis del catolicismo norteamericano del año 2002 cuando una avalancha de denuncias sobre abusos sexuales del clero se desató en diversas diócesis del país del norte. La tesis que Weigel propone es que se trata de una crisis y que, por lo tanto, «es un momento de grandes oportunidades, una invitación a una fe más profunda, una llamada a una conversión más completa» (pág. 12). La propuesta del autor es que se debe aprovechar esta situación crítica para hacer una profunda reforma de la Iglesia en Norteamérica, en sintonía con las directrices del Concilio Vaticano II.

Una de las ideas expuestas de modo más enfático es que esa ansiada reforma no se ha dado hasta ahora a causa del temor a pasar por «conservadores» en un ambiente difícil como el norteamericano. La obra propone como ejemplo de apóstol moderno al papa Juan Pablo II, quien ha sabido unir las dimensiones académica y pastoral con una fidelidad inquebrantable al mensaje evangélico, por encima de las tendencias estadísticas o de las opiniones de la «disidencia», por mucha fuerza que éstas tengan en la opinión pública.

Aclara el panorama de la crisis explicando en qué no consiste: no es un problema de celibato, pues la crisis no fue provocada por los sacerdotes fieles a este modo de vida sino por los que habían traicionado su promesa: «Culpar el celibato de la crisis de los abusos sexuales es como culpar al matrimonio del adulterio» (pág. 45). Tampoco es una crisis de «autoritarismo» de la Iglesia, pues los jerarcas «son maestros autorizados, no déspotas autoritarios» (pág. 50).

Explica el autor que tampoco se trata de una crisis de pedofilia sino de homosexualidad. Lo cual no quiere decir que el segundo comportamiento sea loable; pero advierte que si una persona o institución no describe adecuadamente la crisis de abusos sexuales del clero y utiliza la etiqueta de «crisis de pedofilia», «es que hay otros intereses en juego» (pág. 54). Así mismo, tampoco es una crisis creada por los medios de comunicación social, como algunos católicos han querido ver, sino una verdadera crisis de la Iglesia. Convendrá estudiar en el futuro este caso como ejemplo de la necesidad, para la Iglesia, de un adecuado Departamento de Comunicación Institucional en cada diócesis.

Por último explica esta publicación que la culpa tampoco es de la ética sexual católica, pues «los que cometen abusos sexuales están manifiestamente y sin el menor asomo de duda viviendo en contra de esa ética sexual. Es más, están haciendo precisamente lo que la Iglesia católica condena» (pág. 60).

Entre los medios que el autor estudia para resolver la crisis se encuentra el programa de reforma que Juan Pablo II había promulgado en 1992 en la exhortación *Pastores dabo vobis*, que incluye un fortalecimiento de los seminarios, con criterios claros sobre la formación teológica, la vida espiritual y apostólica y la educación para la castidad. Esa labor de reforma ha de incluir también –recuerda la citada exhortación– una profundización en la identidad sacerdotal que incluya la distinción entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial (cfr. *Lumen gentium*, 10). Causa satisfacción contemplar que algunos de los abusos que denuncia el autor en este sentido (por ejemplo, la proliferación

de los ministerios extraordinarios, como el de la administración de la Eucaristía, han sido atajados con la reciente instrucción de la Santa Sede *Redemptionis sacramentum*.

En definitiva, podemos decir que se trata de un análisis recio sobre una situación difícil, y por eso en ocasiones el público procedente de una cultura diferente a la del autor puede percibir dureza en los juicios o hasta cierta falta de caridad en el tratamiento de ciertas personas o instituciones. Pero no cabe duda de que Weigel acierta al afirmar que

el camino de la crisis a la reforma es el camino por el cual la Iglesia entera redescubre la gran aventura de la fidelidad y de la ortodoxia católica. El catolicismo *light* fracasa porque está equivocado. El catolicismo *light* también fracasa porque es aburrido. [...] Vivir la aventura de la ortodoxia es la única respuesta a la crisis de la fidelidad, que es lo que en realidad es la crisis de la Iglesia de Estados Unidos comprendida en toda su plenitud. Redescubrir el coraje de ser católico es la forma en que toda la gente de la Iglesia –obispos, sacerdotes y laicos– transformarán el escándalo en una reforma y la crisis en una oportunidad (pág. 217). ■

EUCLIDES ESLAVA GÓMEZ

EXPIACIÓN

McEWAN, Ian

Barcelona, Anagrama, 2002, 435 págs.

(Título original: *Atonement*. Traducción de Jaime Zulaika.)

Ian McEwan (1948) no forma parte del repertorio autoral del público lector común, sobre todo de aquel que –heredero de las prácticas lectoras inauguradas por el *boom* y el *post-boom*– concentra su interés en lo que se publica de este lado del Atlántico y al sur del Río Grande. Es necesario recordar, sin embargo, que McEwan es miembro de la talentosa generación de los Young British Novelists y es ya un narrador legitimado por la crítica y la institución literaria anglosajona, gracias a premios tales como el codiciado *Broker*, obtenido en 1998 por su polémica *Ámsterdam*.

Expiación, considerada por muchos su mejor logro, es una novela intensa y múltiple que da cuenta de un innegable talento narrativo. El texto integra con éxito, a lo largo de sus más de cuatrocientas páginas, las preocupaciones típicas de la *metafiction* posmoderna, las inquisiciones del *thriller* psicológi-

co, la dureza de la novela bélica y el drama de un amor imposible violentado por el destino.

La familia Tallis es el entramado generacional que da pie a y estructura el relato novelesco. Típica representación de la burguesía rural, conformada por un alto funcionario de la maquinaria estatal y Emily, su esposa –prisionera feliz de un matrimonio sin amor–, León, el heredero; Cecilia, la hija mayor, y Briony, la benjamina y narradora-protagonista. Éstas forman, junto con Robbie, el hijo de la sirvienta, las figuras principales, pero no las únicas, de una trama larga, aguda e interesante, ambientada en la Inglaterra del recién pasado siglo.

El argumento, de algún modo lineal y nítidamente reconstruible en sus aristas históricas, plantea una mirada crítica sobre los usos y costumbres británicos –y, por extrapolación, occidentales– du-

rante todo *il novecento*. La vacuidad de la vida burguesa de los Tallis, los ritos cotidianos (y agobiantes) de la casa en la campiña, la discriminación genérica y social y la crudeza de la guerra son algunos de los tópicos que se entrelazan a través de una prosa cuidada, excelentemente traducida, que sorprende con sus descripciones en filigrana y con voces narrativas de una profunda y tenaz introspección.

Es éste uno de los méritos fundamentales del libro. El rescate de la interioridad de los personajes, delatada por un narrador omnisciente que no hace concesiones al facilismo, permite ahondar en seres agudamente conscientes de sí mismos y de su devenir en el tiempo a través de una determinada historia personal y colectiva. Basta observar las cavilaciones de Briony, quien, llevando el peso de su insensata, falsa y sostenida acusación de violación contra Robbie, trata de expiar su culpa en los suplicios oblatorios de la enfermería:

Briony sintió que la culpa conocida la perseguía con un furor renovado. [...] restregó a fondo los armarios vacíos, ayudó a lavar bastidores con ácido fénico, barrió y enceró los suelos, hizo recados en el dispensario o en el centro de asistencia social [...] Pero sabía que no servía de nada. Por mucho que fregara y por muy humildes que fueran sus ocupaciones de enfermera, y por bien que las cumpliera o lo duras que resultaran, por más que hubiera renunciado a iluminaciones académicas, o a las vivencias de un campus universitario, nunca repararía el daño. Era imperdonable (pág. 334).

La joven muchacha, de temperamento estético, se debate entre la conciencia de su culpa y las dotes narrativas que le sirven de catarsis. He aquí uno de los nudos argumentales que atarán al lector retando su sensibilidad y capacidad de asombro.

Sí: la escritura es explícitamente tematizada como ejercicio creativo y como arma existencial frente al desamparo. Briony recurrirá a ella, siendo a la vez testigo, actor y víctima de los cruces entre el texto y la vida. Por eso, *Expiación* se emparenta sin esfuerzo con las búsquedas literarias de nuestra modernidad tardía:

Lo que la emocionaba de su logro era la concepción, la pura geometría y la incertidumbre distintiva que reflejaban, a su juicio, una mentalidad moderna. [...] Lo que a ella le interesaba era el pensamiento, la

percepción, las sensaciones, la mente consciente como un río a través del tiempo, y el modo de representar el flujo de ese avance, así como todos los afluentes que lo engrosaban y los obstáculos que podían desviarlos (págs. 330-331).

Autoconciencia del acto escritural y manifestación desenfadada de los dilemas éticos y estéticos del quehacer del escritor.

A pesar de su evidente contemporaneidad en formas y temáticas, el texto no resulta –¡vaya alivio!– decadente. A diferencia de otras obras de McEwan, *Expiación* le ofrece al lector, sin mojigaterías pero sin estridencias, el gusto de una prosa exquisita –a veces, algo excesiva en sus descripciones– que no rehúye lo abyecto u oscuro, sabiendo pisar el fango sin anegarse en el mismo. Arrebatos pasionales, in-comunicación de la pareja, traiciones, mentiras y, de nuevo, el fragor de la guerra siempre recurrente son algunas de las «regiones humanas» a las que nos transporta el texto. Y todo ello sin renunciar a la ternura, a la compasión por el sufriente y al clamor de la conciencia cuando se yerra, incluso sin remedio...

En este sentido, *Expiación* sugiere una posibilidad de redención (intraterrena) sin noticias visibles de Dios, pues varios de sus personajes tratan de ajustar dignamente cuentas con su historia: Robbie se levanta de su desgracia, Cecilia echa a andar sola y contra el mundo y Briony –un poco al estilo de un célebre jarrón familiar roto y recompuesto– intenta deshacer los entuertos de su propia narrativa vital. Secularizado, pero no por eso antieclesial, este trío de personajes apuesta por la autenticidad aunque parezca cerrarse las puertas a la trascendencia.

Otro valor de la novela es su carácter ético-reflexivo. Una mirada atenta al detalle natural o arquitectónico o a la simple anécdota saca conclusiones lejanas tanto del pensamiento *light* como del pesimismo posmoderno, proyectándose sobre el significado moral de cada acto humano. Es el caso, por ejemplo, de la logradísima segunda parte, en la que Robbie narra su arduo escape, durante la retirada inglesa de Francia, de manos de los nazis. Segmento de la novela salpicado de conscientes actos de piedad a favor de las víctimas en medio del pavor de la desbandada británica. Piedad que no oculta la atmósfera de culpa que impregna el conflicto bélico:

Los testigos eran también culpables.

Hemos presenciado todo el día los crímenes de los demás. ¿No has matado a nadie hoy? Pero ¿a cuántos has dejado morir? En este sótano gu daremos silencio al respecto (pág. 307).

¿Hasta qué punto puede nuestro temperamento arrastrarnos a parajes sin retorno? ¿Es posible expiar nuestras culpas mediante el sacrificio de una vida austera, como penitencia autoimpuesta por un fatal equívoco? ¿Es la escritura un modo de justicia o

de balance de la existencia? Y, si así fuese, ¿bastaría con reescribir la historia para desembocar en el reino de lo bello, lo bueno y lo verdadero? Son éstos algunos de los interrogantes que quedan resonando en el ánimo después de la travesía narrativa de esta *Expiación* ofrecida a la vida (o al lector) de manos de la prosa de Ian McEwan. ■

ERASTO ANTONIO ESPINO BARAHONA

EL ESCÁNDALO CRISTIANO

ESLAVA GÓMEZ, Euclides
Bogotá, Javegraf, 2003, 113 págs.

Este libro, que acompaña el curso «Vida, razón y fe» que se dicta en la Universidad de La Sabana, tiene el claro propósito de transmitir la fe de la que, según el catecismo, depende la Iglesia en su crecimiento interior y en su correspondencia al designio de Dios.

El autor va llevando al lector como por una espiral que llega al corazón de la doctrina. De la verdad, que deja fuera todo relativismo, pasa a buscar el origen de todo lo existente en la trascendencia. Del hecho religioso universal llega a la revelación cristiana. Y del Dios uno al misterio de la Trinidad, revelado en Cristo y depositado en su Iglesia, de la que formamos parte, de diversos modos, las distintas clases de fieles con una única llamada para todos: la santidad.

En la tercera parte, «Los misterios de la gracia», estudia uno a uno los sacramentos de la fe, entre los que sobresale, como es natural, el de la Eucaristía. Termina el libro planteando inquietudes sobre la propia vocación.

Son continuas las referencias a las enseñanzas de Juan Pablo II y al catecismo de la Iglesia católica. Puede verse claramente que el libro es el fruto de la experiencia vivida entre los jóvenes, en el ambiente universitario, de cuyas discusiones parece arrancar el autor las preguntas que luego responde con una visión alta, amplia y segura de la fe. ■

PILAR PARDO DE VILLAVECES

EL LIBRO DE UN HOMBRE SOLO

XINGJIAN, Gao

Barcelona, Ediciones del Bronce, 2002, 544 págs.

Impresionante testimonio del dolor por la barbarie política vivida en China a partir de la Revolución Cultural. Son la desesperanza sufrida como consecuencia nefasta de tal revolución y, al mismo tiempo, la lucha tenaz de un hombre que, a pesar de sus recuerdos, procura reconocerse en un mundo de situaciones inmediatas y sensaciones triviales que le permiten olvidar todo lo hermoso que alguna vez fue y que hoy se ha ido.

El trasfondo de un texto muy bien escrito, como pinceladas de un experto, que agrega la fuerza de su trazo en las heridas que le dejó Mao tse-Tung a un pueblo que sabía querer y sabía amar. Heridas que dejó el comunismo abusivo en aquellos que hoy encuentran, en su dolor desesperanzado, la disculpa para no ver la vida más allá del presente inmediato.

Un argumento que nos involucra a todos cuando se trata de evocar la dulzura de nuestro hogar materno, las flores del pórtico, la risa infantil y las sanas costumbres ancestrales. Pero todo queda atrás cuando el dolor toca a la puerta y violenta los sueños de la cultura China. Todo parece perder sentido. El norte y el sur se funden ahora en la belleza y el erotismo, como la experiencia ligera que le sirve a nuestro protagonista de remanso, mientras replantea su identidad.

No se puede acabar con un hombre si él no se deja. Se lo puede oprimir, humillar, pero mientras no se lo ahogue tendrá la ocasión de levantar la cabeza.

...se hace el muerto como una crisálida que teje su capullo cerrando los ojos para soportar el peso de la soledad. Entonces el sonido de una campanilla, pequeña conciencia de la existencia, belleza de la vida, esta luz tan débil y dulce, se expande de golpe hasta el fondo de su ser.

El libro de un hombre solo podría entenderse como el libro de una cultura huérfana..., una cultura sola. Es el grito¹ desgarrado que exige al mundo volcar su atención hacia los hechos histórico-político-culturales de la gran nación China.

La obra, en mayor parte narrada en segunda persona², te involucra a ti como lector y permite que disfrutes y comprendas, en primer plano, la cruel realidad de la violencia cultural, la cruda verdad de la tiranía comunista. Es un viaje, un paseo en donde el lector acompaña esta revisión histórica, al mismo tiempo que reconoce las acciones producto de la demencia temporal causada por el abuso del poder sobre un pueblo. Por otra parte, los capítulos narrados en primera persona hacen referencia a la nueva condición de sobreviviente del narrador, quien deja de verse como un «él» que tanto sufrió para verse como un «yo» que ha sobrevivido al terror.

El proceso de trivialidad y ligereza con el que nuestro personaje enfrenta esta experiencia devastadora es un pretexto para plantear una vida sin ataduras ideológicas, tanto en el campo político como en el religioso. Por supuesto, tampoco hay «ataduras» en sus relaciones personales. En esto parece radicar su concepción de la libertad.

Posteriormente, con el resquebrajamiento del sistema comunista en el mundo, reina de nuevo la cordura, y se abre un camino de mucha esperanza, aunque sin olvido.

1 «El hombre no grita más que cuando no comprende; el que ha gritado no ha comprendido nada. El hombre es un ser difícil que se crea sus propios tormentos».

2 «Este 'yo' en medio de 'tú' no es más que un reflejo en el espejo, la imagen invertida de las flores en el agua; si no eres capaz de entrar en el espejo, no llegarás a repescar nada y no harás más que apiadarte de ti mismo en vano».

Duda, busca a tientas en la oscuridad, busca una salida, como si persiguiera una sensación de luz, y gracias al pequeño resplandor derramado en su corazón, esta sensación no puede desaparecer.

La lectura de *El libro de un hombre solo* nos deja una sensación de desesperanza y contradicción, aunque el lector recibe una dosis de aliento en los monólogos del autor, debido a que siempre nos da la impresión de que en esos momentos reasume el control de su vida y reestablece su equilibrio personal.

Su experiencia es una huida personal, planteada en prosa filosófica, durante la cual el protagonista resbala en el lenguaje, al que traduce en nihilismo y liviandad³.

El amor, el sexo, la tristeza, el deseo que te atormenta sin parar, el lenguaje, una especie de expresión, la necesidad de exteriorizar tus sentimientos, el placer de desahogarte sin hipocresía y sin afectación alguna, fluyendo hasta el final, todo esto te ha lavado por completo. Te has vuelto tan transparente que te has transformado en un hilo de conciencia de la vida, como el rayo de luz que se filtra por detrás de la puerta, y, sin embargo, detrás no hay nada, todo es vago, como un débil claro de luna en un pedazo de nube.

El texto, escrito en 61 capítulos breves que nos llevan sorpresivamente de un lugar a otro, de una escena a otra, en un rompecabezas incansable que el lector no deberá entender racionalmente aunque sí sensiblemente, es una manifestación autobiográfica y una mezcla interesante de géneros, entre los que cuenta con la prosa poética y filosófica, amplias y bellas descripciones, narración, monólogos, interloquios y alguna entrevista.

Los comentarios directos del autor sobre Mao tse-Tung no son de odio, como podría esperarse: son

consejos, son reflexiones de conciencia. Gao querría decirle a Mao que la violencia no doblega el corazón.

De hecho se podría decir que usted es un superhombre: ha dominado China con éxito, su sombra continúa cubriendo todavía hoy a más de mil millones de chinos, su influencia sigue siendo enorme y se extiende por todo el mundo: inútil negarlo. Podía matar a quien le viniera en gana, pero no podía obligar a que alguien repitiera lo que usted había dicho. –Eso es lo que me hubiera gustado decirle a Mao.

El premio Nobel del 2000 vive en el exilio francés, escribe en francés y es músico, escritor y pintor; pertenece al Renacimiento chino y en todas sus expresiones artísticas es insistente en una temática política. En esta obra en particular, mezcla levemente su aprecio por el budismo zen, su religión, aunque en oportunidades haga comentarios como: «La música, las matemáticas y Buda han sido totalmente inventados».

La traducción⁴ del libro es clara, aunque la forma de tratamiento en segunda persona del plural (vosotros), propia de la península Ibérica, es en ocasiones un poco incómoda para el lector americano. Vale la pena destacar que los conceptos culturales que dificultan la traducción están muy bien explicados en sus respectivos pies de página.

El libro de un hombre solo hace relevante el reconocimiento de la exposición moderna, trivial e inmediatista de un mundo que ha perdido su dirección y se sume en el dolor de la liviandad a causa de la inconciencia metafísica, el vértigo y la inexistencia de un Dios Justo⁵. ■

PABLO FERMÍN MÉNDEZ

3 «Progresas en el lenguaje cargando con tus pesados pensamientos. Quisieras encontrar un hilo conductor que te fuera de ayuda para conseguirlo, pero, cuanto más progresas, más agobiado te sientes, porque estás atado por el hilo conductor del lenguaje; como un gusano de seda que teje su hilo, fabricas una red en torno tuyo, que te ciñe en unas tinieblas cada vez más densas. La débil luz al fondo de tu corazón es cada vez más tenue y, justo en el extremo de la red, no hay más que el caos».

4 La traducción de este texto de Ediciones del Bronce fue realizada por Liao Yanping y José Ramón Monreal.

5 «En los problemas, en las preocupaciones, el hombre está solo. Una vez que estás metido en ellos, debes salir por ti mismo; no existe ningún salvador que se ocupe de estas fruslerías».

ENCUENTROS Y SEDUCCIONES:

PANAMÁ EN LA MEMORIA DE LOS MARES

O LA ESCRITURA DE LA IDENTIDAD

ESPINO, Erasto Antonio
Panamá, PM Ediciones, 2003, 239 págs.

La poesía te escoge, no la escoges.

Te acoge, como un tibio vientre de mujer
en el centro del amor.
Todo lo da en el acto de saber
que todo le debe ser quitado.

No trama, teje para otros. A veces con dolor.

Su principal virtud consiste
en maltratarte lo gratuito.

Acosar la turbiedad de tus días, es su oficio.

(MANUEL ORESTES NIETO, «Poeta de utilidad
pública», canto I)

Así es la poesía: esencial, original y primigenia. Así es su llamado: radical, visceral, inapelable, telúrico. Es difícil evadir su seducción. Es imposible escapar de su apuesta.

Sus mecanismos diversos impiden que puedan evadirla aquellos a quienes elige. Manuel Orestes Nieto –uno de los poetas panameños más representativos en la actualidad, autor de *Panamá en la memoria de los mares* (1983)– sucumbió; sucumbe también Erasto Espino en un análisis pulcro y sensible de los poemas de su coterráneo sin limitarlos a la mesa de disección, sin traicionarlos.

Para Manuel Orestes Nieto, la poesía posibilita convertir su patria en un tú femenino con el que dia-

loga, con el que trasciende una relación intelectual que, en cambio, alcanza visos afectivos: es su amada, su niña, su mujer, con quien sostiene una relación entrañable. No sólo la conoce: la entiende desde su propia piel; la sufre, la vibra.

Este conocimiento favorece un acercamiento que, siendo poético, apela a la historia –desde la metáfora y la analogía– para evidenciar los recursos que le han permitido a Panamá construir y mantener su identidad. Es un contacto íntimo que descubre, desde una mirada esperanzada por el futuro, la naturaleza de esa mujer-patria y los hitos de la vida nacional.

Una propuesta semejante entiende, como lo hacen los autores contemporáneos, que la literatura y, en especial, la poesía –esencia sin ambages– no puede ser ornamental y entabla un compromiso radical e incluso peligroso con la realidad que envuelve al autor y al lector: su relación con el mundo, interpelados por la poesía, ya no será la misma.

La propuesta crítica de Erasto Antonio Espino en «*Panamá en la memoria de los mares*» o *la escritura de la identidad* es coherente con este compromiso. No es azar su decisión, su preferencia por la obra de un poeta como eje de su análisis para rememorar con él a esa mujer-patria, amante compartida. Su compromiso con la poesía le permite preferir sobre el canon de la literatura panameña una apuesta poética que, por su género, se conecta íntimamente con la raíz de ese sentimiento nacional, lo devela, lo descubre.

Erasto Espino trasciende la tradición del crítico frío y distante y, en lugar de dar cuenta puramente intelectual de la obra que analiza, se asombra con ella, se inquieta, construye una conexión que le permite «converger con el autor en un espacio de sentido común, al experimentar el texto como lugar de entendimiento real con el otro» (pág. 217).

Manuel Orestes Nieto reconoció ante Erasto Espino la sensación de haber sido «abierto de tajo» en la lectura crítica que se ofrece en «*Panamá en la memoria de los mares*» o *la escritura de la identidad*. Un encuentro de tales dimensiones entre ambos es posible sólo cuando el análisis combina el rigor de la interpretación con la sensibilidad desde la que se articu-

la la lectura y se enriquece la escritura misma, para penetrar y recorrer los intersticios de la obra poética.

Erasto Espino devela los móviles de su reflexión en las páginas finales de su estudio: «La pretensión ha sido la de aferrar ese sentido único original [...] Entender al *otro* en su propuesta textual, hacerme dúctil a un *ethos* poético palpitante en los versos, era la actitud ética que orientó la labor interpretativa» (pág. 214). Y lo logra. Su lectura de Manuel Orestes Nieto, de *Panamá en la memoria de los mares*, es aguda, directa, cómplice. ■

MÓNICA MONTES BETANCOURT

JUEGO DE AZAR

MROZEK, Slawomir
Barcelona, Narrativa del Acantilado, 2001, 110 págs,
(Traducción de B. Zaboklicka y F. Miravittles.)

Cada uno de los 34 microcuentos que constituyen *Juego de azar* evidencia el sencillo pero lacerante sentido del humor del polaco Slawomir Mrozek (1930). Su aguda crítica convierte en blanco temas diversos, cotidianos, variopintos. Desde éstos se traslucen su escepticismo frente a la condición humana y sus cuestionamientos sobre la autenticidad y la credibilidad de los móviles que subyacen a las acciones de cada quien.

Sus cuentos participan de los matices del «teatro del absurdo», en el que se inspira; evocan a Samuel Beckett y Eugène Ionesco. Precisamente, estas resonancias lo incitan a preferir la contradicción en sus historias como camino para remover realida-

des que usualmente permanecen ocultas entre la monotonía y la costumbre.

Su mirada del mundo es inquisitiva, rastrea vericuetos, enfatiza escenas que usualmente pasarían inadvertidas. Precisamente el tono polémico de su obra y sus diferencias con el partido comunista polaco lo indujeron al exilio en 1963. Inicialmente se trasladó a Italia hasta 1968. Luego vivió en Francia hasta 1989. Por último estableció su residencia en México hasta 1997, año en que regresó a su país natal.

Sus personajes son caricaturescos, pero de una aguda elaboración y penetración psicológica. Sus diálogos confieren movilidad a las escenas y acen-

túan los rasgos teatrales que relacionan de inmediato al lector con uno de los ejes creativos de Mrozek: las obras de teatro, que le han hecho ganar la popularidad que tiene. Quizás tres de sus piezas más reconocidas sean *Strip-tease* (1961), *Tango* (1965) y *Emigrantes* (1974).

Los relatos de *Juego de azar* evidencian cierto patetismo. Así, en «Héroe» un hombre se prepara para salvar a un *scout* que se ahoga en un río, pero espera hasta que la cifra de su público consiga satisfacerlo. En «Una nueva vida», el protagonista se decide a cambiar «categóricamente e inapelablemente», pero el momento de iniciar su transformación —«a partir de mañana»— se le escapa todos los días de las mañanas cuando descubre, al despertar, que de nuevo es «hoy» y no el momento que marcaría su antes y des-

pués. En «Subir de categoría», entre tanto, los habitantes de una ciudad deciden elevar su nivel y, para ello, entrenan a su ladrón —como muestra representativa— para que mejore de modales: robará diamantes en lugar de gallinas, cambiará su forma de vestir, evitará sorber la sopa y tomará clases de inglés.

Los cuadros que Mrozek teje son mordaces, irónicos, pero el peso de sus temáticas se contagia con la levedad de sus estructuras inteligentes y simples, que le regalan al lector la misma facultad catártica que se arroga Mrozek: la de reírse de todos, de todo y de sí mismo. ■

MÓNICA MONTES

DELIRIO

RESTREPO, Laura
Bogotá, Alfaguara, 2004, 342 págs.

Cuando el lector de esta novela, Premio Alfaguara 2004, lleva sólo diez páginas leídas, ya ha oído la voz de cuatro narradores diferentes sobre acontecimientos y tiempos distintos, pero con referencias a un mismo personaje con quien todos tienen alguna relación y que es, también, uno de los narradores. Se trata de Agustina Londoño, una mujer desquiciada, vidente, muy hermosa e hija de Carlos Vicente Londoño y Eugenia Portulinus, matrimonio de la alta sociedad bogotana.

En la novela se van alternando, pues, varias historias: en primera instancia, el relato de Aguilar, profesor universitario, comunista, casado —aunque no divorciado—, el compañero de Agustina, sobre la agudización de la demencia de ésta durante un viaje

de cuatro días que él hace a Ibagué, y la obstinada búsqueda de las razones que la han llevado a ella a esta postración; en segundo lugar, el relato del *Midas* McAlister, típico representante del nuevo rico corrupto, antiguo novio de Agustina —responsable de un embarazo que ella interrumpió deliberadamente—, quien aparece siempre contándole a Agustina sobre personas, episodios y acontecimientos que a ella le interesan pero ignora o de los que ha sido, inconscientemente, protagonista; en tercer lugar, el relato de la propia Agustina sobre su infancia, sus poderes adivinatorios, sus caprichos, manías y excentricidades, sus padres, sus hermanos, las costumbres de su familia, y, por último, el relato de Nicolás Portulinus, el abuelo alemán de Agustina, músico, poeta y loco, radicado en Sasaima desde su juventud.

Llama la atención la intromisión, en todos estos relatos en primera persona, de un narrador omnisciente en tercera persona que, sin solución de continuidad, toma la palabra como impaciente por contar lo que los otros narradores no han dicho todavía. Es también curioso que los diálogos directos no vayan necesariamente precedidos por un punto ni introducidos por ningún signo gráfico sino sólo por la mayúscula de la palabra inicial. Estos rasgos y técnicas narrativas no sólo no perjudican ni confunden sino que, más bien, enriquecen, intensifican, matizan y potencian los episodios de los 66 párrafos o bloques de desigual longitud que constituyen la novela. La caracterización de los personajes por medio del lenguaje, en cuanto a vocabulario, expresiones de moda, peculiares giros sintácticos, es magistral, como también lo son la creación y el mantenimiento del suspenso. Esta cualidad fue especialmente destacada por José Saramago, miembro del jurado que le concedió el premio mencionado a esta obra.

La autora demuestra un conocimiento serio y amplio de la realidad colombiana del narcotráfico en la época de Pablo Escobar y de la influencia y las consecuencias que este delito ha tenido en las distintas capas de la sociedad. En la novela, Pablo Escobar es un personaje muy secundario pero es el motor y el motivo principal de una de las historias: la del enriquecimiento ilícito y los crímenes de diverso calibre cometidos por personas de la alta sociedad bogotana, por individuos de la clase emergente, por funcionarios corruptos.

En la locura de Agustina confluyen muchos factores, entre los cuales no es el menor el enterarse, por el Midas McAlister, de las inversiones de la familia Londoño en los negocios de Escobar. Tiene también importancia el factor hereditario, por los problemas mentales de su abuelo alemán y de una

tía abuela que se suicidó en el Rin. Es definitiva la educación que recibió en su familia por parte de una madre distante, sometida, absorta y esclava de las apariencias y de un padre machista, hipócrita, duro, que maltrataba con crueldad a su hijo menor, el *Bichi*, por su tendencia homosexual, mientras que se hacía cómplice y se enorgullecía de las conductas transgresoras de Joaquín, el hijo mayor. Son igualmente desgarradoras la confusión de Agustina ante las arremetidas de su padre, a quien adora, contra el otro gran amor de su vida familiar, su hermano Bichi, y la turbación que le causa su madre cuando impone las apariencias sobre las realidades evidentes hasta que éstas quedan suplantadas y como inexistentes.

Casi todos los personajes de la novela, o son perversos y corrompidos o tienen alguna anomalía mental, con excepciones que no sorprenden, como en el caso de Aguilar, dada la condición de activista política de izquierda que caracteriza a Laura Restrepo. Por otra parte, no todos los personajes son tan necesarios: algunos, como Abelito Caballero, a pesar de la expectativa que crea la autora sobre su incidencia en la vida de los abuelos Portulinus, en realidad no quita ni pone nada al desenvolvimiento de la historia.

No pocos episodios resultan francamente molestos por una fuerte carga de obscenidad y de brutalidad que ni el ingrediente del humor logra mitigar y, aunque más sutiles que en otras novelas de la escritora Restrepo, como, por ejemplo, *Dulce compañía*, no faltan en ésta expresiones y comparaciones muy irreverentes y hostiles con respecto a la fe o a las costumbres y tradiciones cristianas, entendidas y practicadas sólo superficial, errónea e incoherentemente por parte de los personajes. ■

SARAY MORALES DE FRANCO